



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 27 DE AGOSTO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Truhanes arrepentidos

VENADOS DE LOS OJOS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El valor de mercado de la empresa rebasaba los cien billones de dólares. Hacían software. Podía convertirse en el hogar de mi segundo trabajo en la vida: llegando a él dos años después de graduarme. Me estaban ofreciendo tres veces el salario que ganaba hasta ese momento. Era para realizar tareas gerenciales de mercadeo. Mi perfil, en los resultados de la entrevista, mostraba que era una persona segura de mí misma y eso le gustó a quien sería mi jefe, porque según él, eso es lo que permitía vender los productos de la compañía. Ni siquiera me preguntaron cuánto ganaba hasta ese momento: simplemente me ofrecieron el puesto y sus beneficios: El mejor seguro médico privado, un Mercedes Benz del año con chofer y membresía a la red más grande de gimnasios. Efectivamente, yo era una persona segura de mí misma; pero el salario anual, el cual superaba el millón de dólares, me conmocionó inmediatamente. Estuve pensando en ello: ¿caso merecía ese salto en mi carrera?

Hasta ese momento trabajaba en una empresa fundada dos años atrás. Mi jefe, quien a la vez era el dueño de la compañía, había depositado su confianza en mi persona. Ofreció el espacio y tiempo necesarios para desarrollar ideas hasta lograr lo que a mi parecer era: mi máximo potencial de productividad. Yo había llegado a la firma cuando éramos cinco. Un año después, el negocio contaba con treinta empleados, incluyéndome a mí. Y aunque no nos convertiríamos pronto en una compañía billonaria, estaba totalmente agradecido con mi jefe; también era mi mentor.

Decidí ponerle en blanco y negro la situación que enfrentaba con la nueva oferta de trabajo. “Primero muéstrame la propuesta que te están haciendo”. Así hice. Se quedó callado. “Estoy muy confundido”, le confesé, y continué: “haré lo que me aconsejes”. Entonces comenzó a decir: “Mira, tu contribución a esta empresa es masiva. A ti te debemos toda la estrategia de mercadotecnia. Pero no puedes abandonarnos cuando apenas estamos despegando. Ahorita no puedo igualarte la oferta que te están haciendo; pero quiero darte el 70 por ciento del salario que ellos te ofrecen, contando a partir de mañana. Dame tres meses más y... te aseguro que iré incrementando el pago que recibes”.

Nunca había llamado mi atención el dinero, en la vida. Rechacé la oferta de la empresa multibillonaria y me quedé donde estaba.

Al día siguiente, mi jefe me preguntó: “Daniel, ¿ya rechazaste la oferta de ellos?” “Claro”, le respondí. Fue todo; pero lo que comenzaría a suceder tan solo días después, sería impactante.

Tuvimos una primera reunión con los desarrolladores, para ver la manera en que operaba un nuevo software. Se trataba de una solución para el pago de nómina que relacionaba las compensaciones por productividad de cada empleado, con las evaluaciones trimestrales que de ellos realizaban los jefes y con la recuperación de deudas que lograba cada uno. Tenía como mercado objetivo los “call centers” de los despachos que compraban deudas vencidas de la banca comercial. Un nicho bien definido que requería de comunicación con abogados, quienes no siempre



entienden sobre temas financieros. El reto, para mí, era traducir fórmulas en frases para hombres que se mueven en el universo de los tribunales.

Cuando los desarrolladores terminaron de presentar su programa, lo primero que hizo mi jefe fue dirigirse a mí: “¿Cómo lo promoveríamos, Daniel?”. Yo me quedé en silencio. Era la cuestión que, evidentemente, intentaría responder, pero normalmente requería de un par de semanas para elaborar el primer draft de dictamen. Nunca se me había demandado una solución de manera inmediata, a los pocos segundos de escuchar a los desarrolladores. Algo respondí, tal vez le pedí que me diera unos días para responder con detalle. “Te hemos incrementado el salario y no estás ejecutando al nivel que esperábamos”, me dijo mi jefe frente a todos.

Al día siguiente tuvimos otra reunión. Sucedió lo mismo. “¿Cómo lo promoveríamos, Daniel?”. “Dame un par de días para proponer algo concreto”. “Tomamos la decisión equivocada dándote un aumento, Daniel”. Y al día siguiente, lo mismo. “Incrementamos al doble tu salario, pero no lo vales. Ve y acepta la oferta que te habían hecho en otro lado”. Esa tarde comenzaron a correr rumores de que yo había falsificado una oferta de trabajo en otra empresa, para recibir un aumento salarial ahí”.

El puesto en la firma multibillonaria ya no estaba disponible. Ante mi rechazo, se lo ofrecieron al segundo candidato mejor posicionado, y ya estaba trabajando con ellos. Al día siguiente recibí un mensaje de mi jefe, a las nueve de la noche, cuando estaba a punto de meterme en la cama: “¡Estás despedido! Mañana en la mañana, trae la laptop de la empresa que te llevaste a tu casa”. La computadora portátil siempre la dejaba en la oficina. No recibí ninguna compensación por el despido.

HISTORIA DE UNA
HORMIGA CUALQUIERA
OLGA DE LEÓN G.

Con la tristeza dibujada en el rostro, las penas y dolores sobre sus hombros, y una real y verdadera sed de redimirlo

todo; pero, solo después de cobrar facturas: vengándose hasta agotar las fuerzas del débil cuerpo y de sus indomables mente y espíritu, caminaba entre trastabullo y a punto de caer o tropezar, la pobre mujer sin nombre ni compañía que la hiciera valer. ¡Sí, valer! Porque aún ya avanzado el siglo XXI, las mujeres necesitaban de un hombre a su lado, que las hiciera “valer”, ¡qué absurdo!

Iba por la acera, al salir del supermercado bajo los candentes rayos del sol de agosto. Atravesó la calle sobre el rayado anaranjado dirigiéndose a su viejo y querido auto, el que siempre le funcionaba: encendía a la primera y traía un clima estupendo.

A esa hora, una y media después de mediodía, aquella mujer cansada, golpeada y disminuida a su mínima expresión, como si se tratara de: ¡una hormiga cualquiera! Una a la que se le puede aplastar casi con solo pensarle; pero siempre sería mejor dejándole caer encima una “buena” pisada, con bota militar... ¡de preferencia!, para que no quede duda, que no y que no... de que estaría muerta, bien muerta: sueño dorado de muchos machos que aún dominaban en ciertos hogares, oficinas y en cualquier lado...

Se sentó ante el volante, después de guardar en la cajuela dos cajas repletas de mandado y una bolsa más. Arrancó, y sin mirar hacia atrás, salió del estacionamiento. Ya puesto el auto, para cruzar el semáforo en verde y dando vuelta en media luna a la rotonda sintió —no podía dejar de percibirlo— que un auto negro con dos hombres intentaba por todos los medios, sobrepasarla.

Su posición delantera y hacia donde se dirigía, no le permitió abrirse lo suficiente para que ellos rebasaran correctamente por la izquierda: no cabían dos autos. Eso no les impidió amedrantar a la mujer disminuida en sus fuerzas y edad, dejándole ver que, contra viento y marea, ellos deseaban atravesarsele: para qué... Para ponerse delante y así tener el control sobre la dirección de la mujer-hormiga cualquiera, que en ese instante recordó a su amiguito, el elefante azul... y, como si

lo invocara, se armó de valor y frenó, haciéndoles seña de que la sobre pasarán... si podían.

Aceleran y quieren meterse por la derecha, justo cuando la hormiguita está dando vuelta para llegar a la tortillería. Siente lo agresivo del chofer del auto negro, pero era imposible que cupiera, ni subiéndose a la banqueta. Nuestra hormiguita, hábil como lo era ante el dominio del volante y las velocidades, se apura y se detiene justo frente a la tortillería. En eso se percató que el coche negro se le acerca demasiado y al detenerse, baja del lado del copiloto un tipo vestido todo de negro (como el color del auto) y se apresura a tocar por ese lado el cristal de la ventana del copiloto, haciéndole señas de que le abriera...

Ni tarda ni perezosa descendió por su lado de chofer, la hormiguita; una hormiguita iracunda, agredida en lo que ella más apreciaba de sí misma: su inteligencia.

Con celular en mano, el tipo le dice que llamen al seguro para que se entiendan porque ella le había dado un golpe a su auto... Háganme ustedes el favor, el de adelante golpeo al que venía atrás. Pronto se autocorrigió y dijo, no, yo le di un golpecito, en la esquina, por eso nos detuvimos, para arreglar esto... Venga, vea dónde le golpeamos el auto.

¡Cualquier día la mujer iba a ponerse cerca del truhan! Bajó y a voz en cuello, delante de la gente en la calle, le gritó: Tengo a mi esposo muriéndose, estoy apurada por llegar... Y, ustedes con estas pendejadas: pretender asaltarme o qué se yo: no nací ayer, y sí soy vieja, pero no tonta. Lárguense de aquí. Al tipejo no le quedó más que subir a su auto y al del volante, arrancar.

Entró la hormiguita a la tortillería temblando de pies a cabeza. No encontraba con qué pagar y ya se las estaba fiando la dueña, cuando esta última vio en la billetera de la hormiguita, doscientos pesos, entonces, dijo: sí claro, y pagó con \$100.

En ese instante, la hormiguita recordó al tipo que se le puso a un lado del cajero... Sí, el mismo.



Amado Nervo

(José Amado Ruiz de Nervo; Tepic, Nayarit, 1870 - Montevideo, 1919) Poeta mexicano. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Jacona, pasando después al Seminario de Zamora, en el Estado de Michoacán, donde permaneció desde 1886 hasta 1891.

Los problemas económicos que atenuaron a su familia, un hogar de clase media venido a menos, le forzaron a dejar inconclusos sus estudios eclesiásticos.

Abandonados los estudios, Amado Nervo empezó a ejercer el periodismo, profesión que desarrolló primero en Mazatlán, en el Estado de Sinaloa, y más tarde en la propia Ciudad de México, donde se trasladó temporalmente en 1894. Sus colaboraciones aparecieron en la Revista Azul. Junto a su amigo Jesús E. Valenzuela, fundó la Revista Moderna. Estas dos publicaciones fueron el resultado de las ansias e impulsos modernistas que aparecieron, en aquella época, en todos los rincones de la Latinoamérica literaria y artística.

En 1900, el diario El Imparcial lo envió como corresponsal a la Exposición Universal de París, donde residiría durante dos años. Entabló allí conocimiento y amistad con el gran poeta nicaragüense Rubén Darío.

Todos los estudiosos parecen estar de acuerdo en afirmar que adoptó los principios y la filosofía del Parnaso, grupo de creadores franceses que intentaba reaccionar contra la poesía utilitaria y declamatoria tan en boga por aquel entonces, rechazando también un romanticismo lírico en el que los sentimientos, las encendidas pasiones y las convenciones íntimas de los autores, interfiriendo en su producción literaria, impedían, a su entender, el florecimiento de la belleza artística pura.

En París conoció a la que iba a ser la mujer de su vida, Ana Cecilia Luisa Dailliez, con la que compartió su vida más de diez años, entre 1901 y 1912, y cuyo prematuro fallecimiento fue el doloroso manantial del que emanaron los versos de la amada inmóvil, que no vio la luz pública hasta después de la muerte del poeta.

Cuando regresó a México, tras aquellos años decisivos para su vida y su formación literaria y artística, ejerció como profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, hasta que fue nombrado inspector de enseñanza de la literatura. En 1906, por fin, ingresó en el servicio diplomático mexicano y se le confiaron distintas tareas en Argentina y Uruguay, para ser finalmente designado secretario segundo de la Legación de México en España.

En 1918 recibió el nombramiento de ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay, el que iba a ser su último cargo, pues, un año después, en 1919, Amado Nervo moría en Montevideo, la capital uruguaya.

Una recopilación de sus obras en prosa ya conocidas y de otras inéditas hasta entonces apareció póstumamente en la edición que, en 1938, publicó Alfonso Méndez Plancarte, acompañándola por el estudio Mañana del poeta. Entre sus obras narrativas merecen citarse Pascual Aguilera, El domador de almas, los cuentos de Almas que pasan (1906) y algunas de las novelas cortas y narraciones escritas en los años posteriores de su vida. Sus Obras completas, ordenadas por el escritor y humanista Alfonso Reyes, que se encargó de la edición, aparecieron en Madrid, de 1920 a 1928, en veintinueve volúmenes.

ad pedem literae

Nadie puede apartarse de la verdad sin dañarse a sí mismo

Lope de Vega

Letras de buen humor

Cuando somos jóvenes lamentamos no tener una mujer, cuando nos hacemos viejos lamentamos no tener a la mujer.

Cesare Pavese

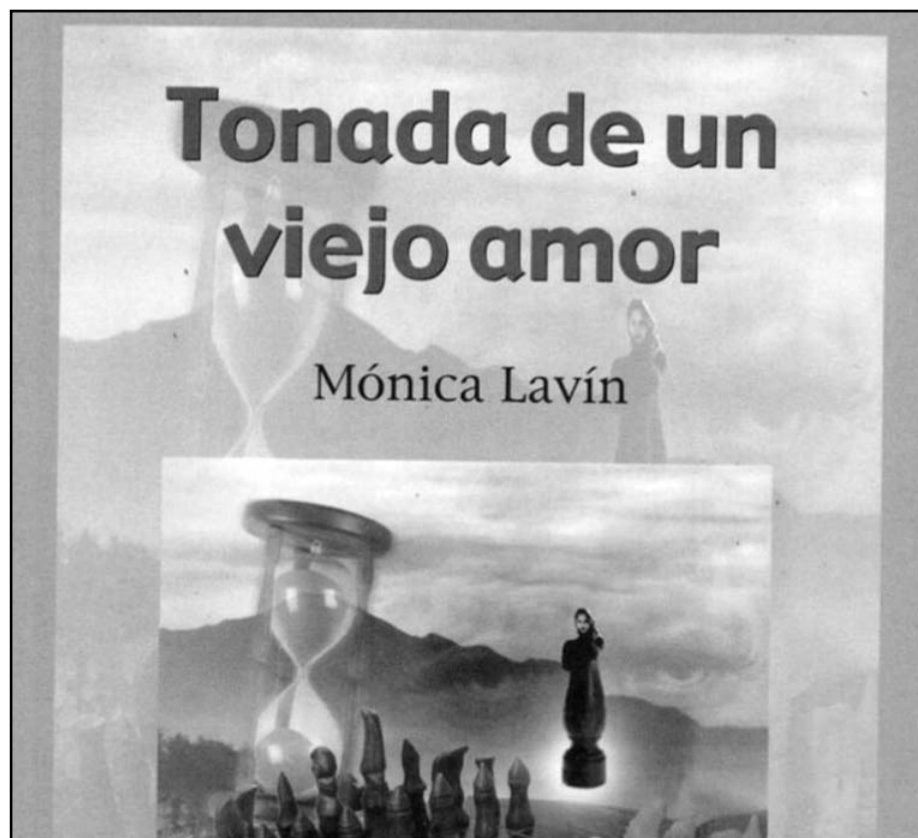
Mónica Lavín

Dos novelas y un solo lugar

Sales del restaurante donde desayunaste con tu amiga. Es tu cumpleaños y comienzas por celebrarte así. Los afectos. Es lo más importante ese día. De repente se te ocurre. No visitarás a tus padres en el nicho de una iglesia barroca, los nichos no te dicen nada. Son oscuros e impersonales. Entonces te subes al coche y llegas. Inventas que tienes que ver un vestido de novia, dices que se va a casar tu sobrina y en parte es cierto, estaría bien que le dijeras cómo son los vestidos que venden ahí. Pero esa no es la razón principal. ¿Tiene cita?, preguntan por el interfon, son amables y de todos modos te dejan entrar. Subes la escalera y aferrada al pasamanos que usaste una y otra vez, quieres pensar que es el de antes pues la claridad del tragaluz en el techo lo baña con la misma alegría. Subes como cuando subías con tus hijas después de un paseo, como cuando bajabas con tus padres mayores. Llegas al final de la escalera donde está el mismo vestíbulo; el piso es otro, la decoración también, pero giras hacia la derecha y atisbas el escalón que separaba el comedor de la sala. Una hilera de vestidos de novia sustituye los cuadros, la cómoda antigua, el sofá. Al fondo persiste la escalera de hierro forjado, ahora pintada de blanco nupcial, por la que subías al estudio de tu padre, que no existía

cuando habitabas la casa con tu marido y tus hijas. Donde había ventanas, la escollta de vestidos de novia ilumina el espacio con su espuma de encaje, con su larga blancura, con su promesa de futuro.

El espacio significa mucho, no sólo porque tú lo viviste y después tus padres. Escribiste una novela donde había una tienda de vestidos de novia y la imaginaste ahí, para que Eugenia atendiera a los clientes con ese resentimiento amoroso por una historia que se revelará poco a poco en Cuando te hablen de amor. Cuando años después viste el letrero y el escaparate en ese segundo piso te asaltó la idea de que las ficciones construyen realidades. Pero ahora que finges, aunque no finges del todo, porque de verdad hay un vestido que te gusta y que le vas a sugerir a tu sobrina, estás parada en el lugar exacto donde estaba tu escritorio y donde escribiste esa primera novela publicada (porque escribiste otra anterior que todavía está en el cajón). Recuerdas la vieja computadora con discos floppys, donde un día perdiste el archivo que alguien salvó. Te llama la atención el impulso por acudir al espacio significativo para estar con tus padres y contigo misma en el tiempo. Curioso que estés ahí develando el escenario anterior tras las túnicas y drapesos albos, porque justo ahora



ha salido de nuevo la novela escrita ahí que paradójicamente lleva por título Tonada de un viejo amor, la que te descubrió la experiencia de escribir novelas y te seguiste hasta la más reciente. Últimos días de mis padres, que tiene entre los escenarios, ese espacio. Ahí estás de pie sintetizando los tiempos, redondeando el camino. Te das cuenta por qué tuviste el atrevimiento de

volver, aunque la recámara sea una oficina, aunque la terraza ya no tenga los helechos que tu madre cuidaba, aunque los baños sean vestidores y la cocina un espacio impenetrable.

Como escribiría Juan Rulfo: Vine a buscar a mi padre, y a mi madre, y a la escritora y madre joven que ahora cumple muchos más años.